

El cero absoluto: el derrumbe de una utopía

Martha Luz Gómez Cardona*

La narrativa de ciencia ficción es fruto de la modernidad. Aparece en el mundo en el siglo XIX y principios del XX con escritores como Mary Shelley, Edgar Allan Poe, Jules Verne, Edward Bellamy, Edgar Rice Burroughs y H. G. Wells.

Sobre la ciencia ficción en América Latina se definen cuatro momentos:¹ el primero, antes del modernismo con leyendas, donde predomina el mundo mítico religioso anterior a la muerte de Dios, establecida por el racionalismo. El segundo momento constituido por el Romanticismo de la segunda mitad del XIX, como una reacción a la crisis ocasionada por la irrupción del capitalismo, el industrialismo y la mentalidad positiva y burguesa. Para rechazar las nuevas condiciones imperantes, el Romanticismo se valió de literatura fantástica moderna para recuperar el carácter misterioso del mundo. Hacia 1920, aparecen los primeros relatos del género: *Yzur*, *Vida Acherontia o un fenómeno inexplicable*, de Leopoldo Lugones. La tercera etapa, entre 1920 y 1950, cuando el realismo entra en crisis y se cree que el autor crea realidades y no sólo las copia. Su representante es Borges, el segundo autor más importante de la ciencia ficción del siglo XX junto a Wells; reconocimiento que se le concede por su influencia en la ciencia ficción anglosajona que consistió en la primera de la literatura latinoamericana sobre los centros culturales del primer mundo. La cuarta fase viene desde 1950 hasta nuestros días. En ésta, cuando los medios de comunicación se consolidan al igual que el proceso de modernización, América Latina siente el impacto de la ciencia ficción anglosajona de los años cuarenta y cincuenta.

* Licenciada en Educación-Idiomas, Universidad Pontificia Bolivariana; Especialista en Literatura Latinoamericana, Universidad de Medellín; Magíster en Literatura Colombiana, Universidad de Antioquia.

1 Para estas informaciones introductorias me baso en dos trabajos sobre la ciencia ficción en Colombia: Burgos López, 2000, y Montoya Gaviria, 1997; en las referencias directas me limito a la primera contribución, ya que la segunda todavía no ha sido publicada; cf. también la antología de cuentos colombianos de ciencia ficción, preparada por Rebetz, 2000.

La narrativa de ciencia ficción en Colombia ha permanecido marginada de la historia de la literatura. Sin embargo, es importante anotar que ha habido trabajos en esta dirección que vale la pena considerar para tener un panorama más completo de nuestra literatura y sensibilizar esas capas resistentes a ella en los medios encargados de la divulgación. Esto lo demuestran Campo Ricardo Burgos López (2000) y Jaime Montoya Gaviria (1997). El primero registra en su bibliografía diecisiete obras publicadas entre 1928 y 1996, la primera de ellas la de José Félix Fuenmayor, *Una triste aventura de catorce sabios* (1928). Montoya, por su parte, se limita a cinco libros de cuatro autores.

El cero absoluto, de Jaime Restrepo Cuartas, tema de este trabajo, es una obra publicada por la Fundación Arte y Ciencia en 1995, puede ser catalogada como de este campo.² Ateniéndonos a las características que Burgos atribuye al género, vamos a hacer un análisis detallado de la novela para comprobar si cumple con las condiciones requeridas para considerarla como una de sus manifestaciones.

La primera condición establecida es que la ciencia ficción es literatura de ideas o tesis; es decir, que se preocupa más por el contenido que por la forma; su interés radica en proporcionar el placer del raciocinio a partir de una idea estimulante. *El cero absoluto* gira sobre una experiencia deprimente relacionada con un aspecto doloroso de nuestra condición humana: la capacidad destructiva y el impulso tanático de los que habla Freud, dirigidos hacia la especie misma y hacia el planeta que le sirve de hábitat. La humanidad parece no merecer su permanencia en el universo, porque cada vez se confirma con mayor fuerza que el peor enemigo del hombre es él mismo. El narrador de la novela lo sostiene así: “de pronto habrían sido los pobladores borrados del territorio o sucumbidos bajo el propio peso de su incapacidad, de la cual ha dado la humanidad bastante lujo de merecimientos” (Restrepo, 1995, 33). Se cumple entonces la primera condición, porque la idea estimulante para propiciar el raciocinio es entonces ésta de la condición humana, que tiende a autodestruirse. Es como el fruto de un proceso de reflexión profunda del autor sobre la situación de la cultura en su momento histórico, sobre el cual toma distancia para hacer de él una reelaboración de tipo literario.

2 Cf. Burgos, 2000, 740, y Montoya, 1997, 34-37. De Restrepo Cuartas se publicaron recientemente dos nuevas novelas: *In extremis*. Medellín: Colección Autores Antioqueños, 2000; *De lluvia y recuerdos*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2000.

La segunda condición se refiere a que en la ciencia ficción los lugares y las épocas son diferentes a los habituales en la literatura realista, además de adoptar una actitud relativista, es decir, que rechaza todo dogmatismo como buena hija de la modernidad y se muestra insegura con respecto a dónde se encuentra la verdad; rehuye verdades absolutas y acepta que el devenir humano está permeado por múltiples verdades con diferentes grados de incertidumbre. En *El cero absoluto* el narrador ubica su historia en una ciudad sin nombre y en el año 2500. El protagonista es un investigador científico con amplios conocimientos en medicina y astronomía que se interesa por la congelación de organismos vivos por un lapso preestablecido. En sus palabras, ésta es la descripción del espacio donde está enmarcada la historia:

Lo que queda de esta ciudad, al parecer la única que sobrevive, según he oído, de las inmensas urbes que otrora existían en la tierra. Un planeta decadente que se ha convertido en basura espacial, pero sigue girando en la misma órbita alrededor de una estrella que ha franqueado la madurez sin mayores glorias y entra ahora, acompañado por los residuos de una especie en extinción, al sendero inevitable de la decrepitud (14).

El sitio no se explicita porque pretende ser un espacio cualquiera del planeta y no un sector en especial, pero sí hay indicios que permiten deducir que se trata del Valle de Aburrá. El primero de ellos tiene que ver con la alusión directa a su fundación: “lo llamaron valle de San Bartolomé en honor a haber sido descubierto el día de aquel apóstol” (36); el otro, más velado, consiste en la descripción del valle, fácil de identificar por incluir un tópico muy familiar que se refiere a Medellín como la ciudad de la eterna primavera: “¿Qué no diría de las montañas que circundan ese hermoso valle, cuyas cumbres se elevan como fortalezas, arropadas por las nubes de los amaneceres y cuyos vientos mantienen un ambiente de primavera con cielos azules y noches claras?” (36). Esta descripción parece hecha con los ojos de la nostalgia y referirse al pasado lejano del lugar y no guarda ninguna coherencia con el paisaje del presente de la novela, el cual aparece triste y desolado:

Verla hoy, desfigurada por los nuevos sucesos y conociendo algunas patéticas descripciones, produce nostalgia y no aquel fervor de las cosas inmensas. La quema de lo que debieron haber sido sus montes, la destrucción de los árboles en las cordilleras que la circundan, la aridez

del terruño, el desmoronamiento de sus viviendas, edificios y palacios, la ruina de sus puentes, avenidas y calles, o la podredumbre del río que la atraviesa y sus exiguos afluentes, son muestras de la desolación en que ha caído (35).

El tiempo de la historia abarca los quinientos años del proceso de hibernación, desde finales del siglo XX hasta el año 2500, más unos cuatro años antes de que el personaje fuera congelado y otros diez después del despertar.³ Se da entonces un pasado remoto, anterior al experimento, un pasado próximo en el que se dio su despertar, y el presente de la novela que transcurre desde que el protagonista empieza a recobrar su memoria hasta el final de la historia.

Luego, se cumple también la segunda condición, porque tanto el tiempo como el espacio son ficticios y porque no se ciñe a ningún dogmatismo: al narrar una utopía consistente en el relato mesiánico de un hombre que se considera a sí mismo como un héroe redentor que, sin embargo, es a la vez un científico ateo —que sólo confía en su ciencia y en la razón— está conciliando posiciones extremas. Conocedor de un cataclismo que amenaza acabar con la tierra en un período de diez mil años, decide servir de conejillo de Indias en un experimento que busca asegurar la continuidad de la especie. Con lo que no cuenta es con la capacidad de destrucción de la humanidad que, con sus guerras ininterrumpidas, logra el mismo efecto del cataclismo en un tiempo veinte veces menor.

La tercera característica de la novela de ciencia ficción es que trata de aventuras, privilegia la acción sobre el análisis. Es una de las formas modernas de la épica porque pone a los personajes en circunstancias con alto riesgo de muerte. Las emociones que le plantea al lector son las elementales: miedo, voluntad de poder e instinto de muerte. La vida del personaje de esta obra en la nueva sociedad en la que se ve inmerso, está llena de aventuras como fugitivo de la clase dominante, Abelardo y sus secuaces, y como protegido por los monjes cenobitas, sabios sobrevivientes que los enfrentan. *El cero absoluto* es una novela con una historia futurista narrada por un científico que despierta en forma

3 Tanto en Burgos como en Montoya falta una novela breve muy curiosa y voluntariamente inconsistente: *El caso del hombre de las gafas oscuras* (Karabem, 1994; dentro del libro con el mismo título, ocupa las páginas 5-71). Se llama a sí misma “Novela medio en broma y medio en serio” (5), y lleva el comentario: “Esta obra ha sido premiada por su propio autor” (5). En ella, un grupo de hombres se somete al proceso de hibernación de veinte años, porque el presente es tan catastrófico y corrupto que es necesario un nuevo diluvio para que la pequeña comunidad que se salva pueda volver a empezar, “con una organización social parecida a la de las primitivas comunidades cristianas” (70).

abrupta a la vida, después de un prolongado proceso de congelación, y se dedica a hacer una especie de diario en el que consigna todo lo que observa, con el ánimo de que éste pueda servir de guía a alguien interesado en descifrar los sucesos. Es un narrador investigador protagonista de una historia, la cual escribe para un narratario, también investigador, y en la que informa del proceso de degeneración que vive la humanidad en esos quinientos años que separan el pasado distante del momento presente de la novela, en el que le toca sortear una serie de peligros para lograr sobrevivir. El protagonista es, pues, un hombre que va creciendo con dimensiones de héroe porque, al elegir entre ciencia y humanidad, opta por la última y asume su papel de líder para reemprender el camino de salvación, consciente de que la ciencia por sí sola no tiene sentido, de que sólo lo adquiere cuando existe por el hombre y para el hombre. El desafío consiste en lograr que el progreso beneficie a todos los seres humanos por igual.

El narrador (sin nombre) se convierte en testigo de excepción del futuro de su civilización, mientras quiere investigar todo cuanto puede para que sirva a otros investigadores y, a pesar de las condiciones adversas, se convierte a su vez en un instrumento valioso en manos de los invasores que detentan el poder en esa degenerada sociedad en la cual se encuentra por la interrupción inexplicada de su sueño hibernal en la mitad del recorrido planeado. El proceso de hibernación no sale muy bien librado en la obra porque el regreso a la vida se describe como decepcionante y traumático. El sujeto despierta sin memoria, movimiento ni conciencia de quién es ni por qué se encuentra en esas lamentables circunstancias y en un medio hostil. Para completar el cuadro dramático, a su alrededor no encuentra más que ruinas, violencia y muerte. Hay, por tanto, una gran diferencia entre la sociedad esperada al iniciar el experimento y la encontrada al final:

Todo ha sido tan extraño, que jamás hubiera sido posible imaginarlo del modo como ocurrió. Pasaron, al fin de cuentas, sólo quinientos años. No fue suficiente para lo que se intentaba, que era dejar mi cuerpo mil años, enterrado en el mundo de la hibernación, pero las contingencias hicieron que fueran solamente cinco centurias. Si la sociedad se hubiera conservado y su evolución hubiera sido normal, esta experiencia sería crucial. Podríamos resolver el problema del mantenimiento de la vida en una de esas soluciones ideales de preservación; aquéllas que inundando nuestro organismo, permitieran que las células y sus funciones, como por ejemplo el pensamiento, quedaran estancados, entraran en un statu quo, recuperados luego con el simple calentamiento. En el caso mío no

fue así. Todos pensábamos que el despertar sería como después de un gran sueño, luego de una larga noche, así fuera borrascosa y que me encontraría frente a los científicos del futuro en una sociedad más perfecta, exponiendo los conocimientos del pasado y preparando el terreno para un nuevo viaje (141).

La cuarta característica del género de ciencia ficción es que su estrategia está basada en lo que Borges llamó “imaginación razonada”. Si bien se parte de un hecho fantástico, en adelante el argumento no admite nada que no sea consecuencia estricta de ese evento. El hecho fantástico aquí es el proceso de hibernación, que enfrenta a un científico con una sociedad con diferencias abismales con respecto a la que dejó en el momento de iniciar el experimento. Todo se ha degradado: el lenguaje, la religión, las profesiones y la medicina. El avance científico novedoso que representa la construcción de androides factibles de programar, adquiere una connotación negativa por el mal uso que de él se hace, como instrumento en contra de las mayorías. Los avances tecnológicos en las comunicaciones han desaparecido y se ha vuelto al correo antiguo; los archivos escritos han sido destruidos y los libros brillan por su ausencia; el modo de vida es primitivo para los integrantes de las mayorías quienes viven desnudos y a la intemperie; los monjes, reducto de la antigua sociedad civilizada, están relegados a construcciones subterráneas, dada su condición de fugitivos; mientras la clase poderosa disfruta de lujos y comodidades.

El motivo que desencadena la acción y que de manera sutil se mantiene a lo largo de la historia es el ansia de eternidad que parece acompañar por siempre al género humano, porque aún en ese momento del futuro la lucha por el poder está centrada en ese deseo. En especial la casta privilegiada —que tiene sometidos a los demás, a unos como servidores y a los más como parias que luchan en desigualdad de condiciones para mantener su supervivencia miserable— que hace todo cuanto puede por conseguir la información relacionada con el experimento para utilizarlo como una forma de obtener la perpetuidad.

El título *El cero absoluto* tiene una connotación negativa; habla de ausencia, de vacío. Remite a las condiciones en que el protagonista vuelve a la vida en forma abrupta, sin ninguna ayuda que le permita ubicarse en ese mundo adverso, y a la vez se insinúa como punto de partida de la aventura de construcción de una nueva civilización. Está implícita la idea de un viaje al pasado con el fin de rescatar de él lo positivo para humanizar el presente y proyectarlo al futuro.

Una reiterada alusión a la degeneración, a la descomposición social, a las horribles condiciones de vida de monjes e indigentes, sugiere el concepto de

equidad, entendida como la igualdad de oportunidades para todos y como elemento indispensable en el logro del hombre íntegro. Es una advertencia de que si no se detiene esta vertiginosa carrera hacia la deshumanización en la que sólo se da la preocupación por el bienestar material y prima el egoísmo de unos pocos sobre el interés de la colectividad, nefastas serán las consecuencias. La novela muestra un sector de clase burdo e ignorante que detenta el poder, enriquecido con base en el tráfico de drogas y de armas; la mayoría está conformada por seres abyectos que viven reducidos al ámbito de lo animal, guiados por sus instintos caníbales que asesinan y son asesinados sin ningún miramiento. El reducto de monjes soñadores, esclarecidos y estudiosos, empeñados en recuperar el verdadero camino de la humanidad, que viven fugitivos por ser considerados como rebeldes y enemigos del régimen, aparece como lo único digno de apreciar. No hay nada entonces que rompa la lógica establecida desde un comienzo: todo marcha indefectiblemente hacia un final predeterminado donde el mal, como en toda novela de aventuras, se insinúa como triunfador.

Según Burgos López (2000), al comienzo el género se ocupó del problema del conocimiento (las consecuencias de la irrupción de la ciencia y la tecnología en la vida del hombre); ahora está centrado en lo ontológico existencial: indagar los grandes misterios que siempre han ocupado la literatura: el amor, la soledad, la comunicación con el otro, la libertad, la muerte. Los personajes de la novela no tienen acceso a la palabra; su discurso siempre está mediado por la voz del narrador en primera persona quien organiza el mundo de la obra; con la inclusión de personajes androides como Selene y Hécate, mujeres bellas y sensuales designadas por la instancia dominante para brindarle al protagonista deleite y complacencia, y Wenceslao, el encargado de su seguridad, se cuestionan los avances de la ciencia en lo relacionado con la fabricación de seres humanos. Sobre las dos primeras ejerce aquél una gran influencia gracias a la acción formativa que emprende con ellas, logrando casi humanizarlas, basado en la idea de que es posible redimirlas de su mecánica condición mediante la educación. Al tercero le debe todo el conocimiento que ha obtenido sobre esa cultura del futuro en la cual despierta.

Otro personaje que juega un papel importante es Eliade, la vieja curandera que, por medio de brebajes, logra la recuperación total del protagonista después de haber estado casi muerto. Ella está predestinada a ser la madre del nuevo líder de la secta de los monjes. Isaías —un anciano profeta— y Abelardo, se desempeñan como dirigentes de la secta de monjes obstinados que quieren retomar el verdadero camino de la humanidad. Defensor de sus principios, el

primero muere fiel a ellos; el segundo, traidor y desleal, se vende a los gobernantes para monopolizar el poder y viajar con los suyos a otra estrella del universo para salvarse del inevitable cataclismo y conseguir la continuación de la especie. El protagonista logra escapar y establecerse en un hermoso paraje donde se dará a la tarea de reiniciar la historia de la humanidad como en un nuevo paraíso terrenal, mito fundacional de la cultura occidental.

Si bien la historia empieza *in media res*, el narrador se encarga de recuperar por medio del recuerdo los acontecimientos del principio. Es decir que la historia es lineal y respeta los principios de orden, causalidad y racionalidad. No hay en ella experimentación formal. No hay tampoco tratamiento novedoso en el lenguaje, pero sí un gran dominio de la descripción con la cual hace visible, casi plástico, el entorno en el cual se desarrollan las acciones. Presenta tres aspectos que van en detrimento de la trama novelesca: largos párrafos de carácter científico, excesivo uso de términos especializados y la inclusión, en el discurso normal, de sustantivos rebuscados de poco o ningún uso en nuestro medio, que obligan al lector a interrumpir la lectura para consultar su significado, como gznápiros, sentinas, moharra, estafermos, gayones, morcellas, trapalón.

La última característica del género, según Burgos, es que cumple una función analógica y no extrapolatoria: no le interesa pronosticar el futuro; —si alguna vez predice algo, como Verne, es más por accidente que intencional—. Más bien quiere hacer analogía, es decir, emplear el futuro como un medio de hacer un juicio histórico de la época en que fue escrita la obra. Por esa razón, es importante anotar que, si bien tiene corte previsor, no se requiere del paso de las cinco centurias para entender que esa situación no es tan distante en nuestro momento histórico: la corrupción de los gobernantes, el individualismo imperante, las luchas intestinas, el hambre y la miseria que soporta una buena parte de los habitantes del planeta, la depredación de éste, los efectos devastadores de las guerras, son signos de que ese futuro ya llegó. De este modo, la novela ofrece un consejo concreto: si no se logra que los beneficios de la ciencia sean para toda la humanidad, nunca tendremos la armonía a la que aspiramos como especie. No habrá futuro digno.

Bibliografía

Burgos López, Campo Ricardo. “La narrativa de ciencia ficción en Colombia”, en: *Literatura y Cultura. Narrativa Colombiana del siglo XX*. Vol. 1.

- María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio, Ángela Inés Robledo (comps.).
Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000, 719-750.
- Karabem (William Alberto Mebarak Chadid). *El caso del hombre de las gafas oscuras*. Barranquilla: Antillas, 1994.
- Montoya Gaviria, Jaime. *Constantes de la ciencia ficción en escritores colombianos*. Tesis de grado. Medellín: Universidad de Antioquia, 1997.
- Rebetez, René. *Contemporáneos del porvenir*. Bogotá: Espasa, 2000.
- Restrepo Cuartas, Jaime. *El cero absoluto*. Medellín: Fundación Arte y Ciencia, 1995.